

## AOKI SANBO Y EL FUDE VERDE

### La Partida Mortal de Incienso

#### 7. TEATRO PARA UN GAKI (Parte 2)

*Invéntate algo. Y qué me voy a inventar.*

Ume le daba vueltas a la cabeza mientras la séptima ronda tenía lugar. Recordó que ficha tenía que dejar delante de ella, la puso y siguió pensando, tratando de ignorar la presencia de aquel gaki iracundo a su lado. El yamabushi volvió hacia el biombo para quemar el octavo incienso.

Intentaba estar tranquila y entrar en un estado meditativo, aunque no lo había conseguido ni de lejos, y en aquel momento, había perdido todo el control y su mente volvía a ser un caos. Eran capaces de culparla a ella si aquello no salía bien por no haber dicho lo correcto. ¿Pero qué podía decir? De todas maneras, aquel hombre murió poco después. ¿Qué podía haber dicho su tía?

Finalmente, la novena ronda llegó. El Yamabushi la miró nada más salir de detrás del biombo con el incensario. Le dieron ganas de gritarle que ya lo sabía, que no hacía falta que la presionara más. Era el momento de acercarse al gaki; aquel espectro que parecía odiarla.

El espíritu blanquecino del Sr. Kato olió el noveno incienso. Puso su ficha delante y la pasó el incensario. Ume respiró hondo, olió aquel humo que no tenía ni idea de cuál de los tres sería (porque el Invitado estaba segura de que no) y puso su ficha con la suposición que tocaba.

Entonces, se giró hacia el gaki que ya la estaba observando.

*Lo sabe. Sabe que voy a ir hacia él.*

Ume se desplazó de rodillas, despacio, como le había enseñado su madre de pequeña, hasta a aquella cosa no viva, impura e imposible. Aunque, de no ser porque no tenía pies y flotaba podía haber pasado por un humano demacrado.

Se acercó a su oído, cerrando los ojos.

—Vas a ganar la partida, Kuniyoshi.

Había tenido una gran idea en decirle aquello. Así conseguiría que el espíritu empezara a poco a poco a entrar en un estado de paz, terminarían la partida y aquel espectro pudiera cumplir su omoi y ella volver al santuario. Todos en paz y felices.

Ume se apartó para mirar al gaki. Este le devolvía una mirada, extrañado.

Ume sonrió y se volvió hasta su cojín sin darle la espalda.

Vio al yamabushi apresurarse para preparar el último incienso. Salió instantes después con otro incienso humeante. Le tendió el incensario al espíritu.

El gaki parecía algo confuso, pensó Ume, pero estaban a punto de conseguirlo. Esa parte de la partida nunca sucedió porque él ya había muerto, pero debían continuar y terminarla, siendo él el vencedor.

Ume cogió el incensario, olió y dejó su ficha. Hikari hizo lo mismo y Aoki recogió las fichas de todos. El yamabushi anunció en alto que iba a hacer el recuento y se ocultó tras el biombo.

El espectro no se movía de su sitio. Parecía el filo inerte de una espada clavada en el suelo, azul y fría.

Ume lo miró con aprensión. Un muerto no podía volver a morir.

En ese momento, los golpes a la casa comenzaron a oírse por todo el perímetro. Ume los había ido oyendo durante toda la partida esporádicamente por la parte baja de la casa junto a los golpes de las ramas en el techo, pero en aquel momento, fuera lo que fuera que había sucedido fuera, estaba ganando fuerza.

Parecían manotazos contra las paredes, contra la madera podrida de aquella casa. El corazón se le puso a mil. ¿Qué había ahí fuera?

El yamabushi apareció con el libro en la mano.

—Según el recuento, el ganador de esta Partida de Incienso es... El Sr. Kuniyoshi Kato. Enhorabuena —le dijo haciendo una reverencia.

Todos miraron al espectro. Este parpadeó despacio unos instantes.

De pronto comenzó a crecer de tamaño igual que su mirada iracunda.

—Ha ganado la partida, Sr. Kato —repitió Aoki con los brazos en jarra.

El gaki aumentó ante los ojos de todos hasta tomar el mismo volumen con el que había llegado a manifestarse en aquella sala.

Ume se retiró a gatas hacia Hikari e Hikari hizo lo mismo hacia la pared más alejada.

El yamabushi, que parecía el único que no tenía miedo allí, dio dos pasos hasta encarar al espectro.

—Ha ganado la partida. ¡Puede ir en paz! —dijo señalándole con un dedo.

Pero el gaki comenzó a ulular y se sumó al ruido del viento, como si los dos fueran uno, entrelazados en una espiral de destrucción. Pronto, en la habitación parecía reinar el mismo caos que parecía haber fuera. Los cojines se levantaron, el biombo cayó en un estruendo, partiéndose en dos y el incensario rodó derramando el polvo sobre el tatami.

—¡Qué incienso es! —gritó el gaki.

—¡No ha funcionado, yamabushi! —gritó Ume protegiendo su cara con el brazo.

Tanto teatro para terminar de aquella manera. Aquel espectro iba a devorarlos a todos como poco. Iría directa a la Tierra de Yomi y los dioses la castigarían con razón.

—¡Tiene que funcionar! No entiendo por qué no funciona...

De repente, una ráfaga de viento provocada por el espectro hizo caer la capucha de la cabeza de Aoki. El gaki clavó la mirada en él.

Ume miró la escena aterrorizada. Hikari sollozaba en una esquina.

El espectro se lanzó contra el yamabushi y le cogió de la túnica, intentaba ahogarlo. Los pensamientos de Ume se lanzaron unos contra otros como aquellos ruidos que se oían por todas partes y que no podía identificar. Quizás si salía fuera y cogía alguna de las protecciones que había escrito y se las ponía sobre aquel espectro, conseguiría sacárselo de encima, pensó frenética. De repente, su mirada se fijó en el humo que ascendía de la última pastilla que había salido disparada: Eran cuatro volutas de humo.

Cuatro volutas de humo que le recordaban a algo.

La garra de cuatro uñas. La que había visto antes de que su tía se fuera a por mercancía.

Ume las miró ascender, incapaz de moverse, fascinada. El humo le había hablado para decirle algo de aquella partida. Qué le había querido decir. Intentó recordar lo que vio. Las garras. Las garras personas. Las personas debían ser ellos.

Fuera se oyó un grito del viejo Ebisu.

—¡Esto está lleno de espíritus! —dijo desde fuera—. ¡Los has atraído, Sanbo!

Ume sacudió la cabeza de sus maquinaciones. Oyó al yamabushi gemir y se giró hacia él. El espectro había crecido de una manera grotesca y lo aplastaba. Lo empujó contra el suelo y los tatami se sacudieron con el golpe.

Entonces, Ume recordó.

La figurita había levantado algo. El humo se lo había enseñado al final.

Ume se levantó y tratando de que la pelea entre el espectro y el yamabushi no le tocara, empezó a levantar los tatamis uno tras otro. Tenía que tratarse de los tatamis.

Bajo el tercero encontró lo que el humo le había mostrado: un papel doblado yacía sobre la madera enmohecida. Ume se apresuró a desdoblarlo y leerlo. Era lo que se había jugado cada uno.

—¡Sadako tenía que decirle qué ingredientes tenía el incienso Invitado! —gritó hacia Aoki—. ¡Es lo que apostó! ¡Es la página de las apuestas!

Ume vio el desconcierto cruzar por los ojos del yamabushi mientras intentaba zafarse de las manos del espectro sin éxito.

—Y... cuales... son.

Ume lo miró sin respirar.

—No lo sé.

—Solo, solo... —empezó a balbucir Hikari—. Solo puedo adivinar que el Incienso Invitado lleva Madera de Aloe, clavo, hierba de obispo, nardo... y algo más! Falta algo... Lo que el Sr. Kato no sabía.

Entonces, Ume Inoue se dio cuenta del error que habían cometido.

—Su omoi no era terminar la partida —dijo la miko—, era saber qué era esa fragancia.

—¡Dejadme entrar! —se oyó a Ebisu desde fuera.

Aoki gimió y su lamentó se unió a los que provenían de fuera. No sabía qué había en el exterior golpeando las paredes, pero lo que tenían dentro era mucho peor.

Ume corrió hasta fuera. No podían darle descanso, pero si podía abrir la puerta y buscar algunos de los omari de protección...

Corrió hacia la puerta oyendo a sus espaldas al espectro gritar mientras en la casa retumbaba la misma frase una y otra vez:

—¡Qué fragancia es!

En cuanto Ume abrió la puerta, Ebisu corrió por su lado. O más bien voló, pensó Ume desde el suelo, puesto que el viejo la había empujado para pasar y era casi transparente. A continuación, una serie de sombras cruzaron veloz detrás de Ebisu, como si la persiguieran.

Ume, desde el suelo, pensó que aquello era lo último que iban a ver todos, que estaban acabados. Iban a morir bajo el peso de las sombras impuras de los muertos, pero de repente, se oyó la voz desgarrada de una chica gritar entre el caos.

—¡Es Crisantemo chino!

El silencio se apoderó de la casa.

Ume consiguió llegar jadeando hasta el salón para ver al gaki convertido en una delgada figura que se extinguía con una sonrisa de placer en el rostro.

—Crisantemo chino —dijo el gaki en un suspiro y se esfumó.

## 8. EPÍLOGO

Aoki le dio las gracias de nuevo a Hikari frente a la entrada de la posada. El hombre asintió repetidamente diciendo que no había nada que agradecer. Se despidió rápido de los tres y se esfumó por la puerta cerrándola tras de él.

Tomaron el camino hacia el cementerio mientras el día empezaba a despertar sobre sus cabezas. La miko los acompañaba. Inoue había dicho que necesitaba despejarse antes de volver al santuario junto a su tía. Aoki sospechaba que también le movía la curiosidad por lo que iba a pasar a continuación, pero tampoco tenía ningún inconveniente en que los acompañara.

—¿Crisantemo chino es una fragancia que usabas en vida, Ebisu-san? —preguntó Ume.

—Es de las pocas cosas que conservé de mi padre. Era una esencia que me regaló mi padre y llevaba en una cajita. Conseguí llevarlo intacto hasta Moegi-no-Mura.

Aoki oyó a Inoue murmurar un lo siento. Ling Su continuó.

—Pero desde que me tragué este yurei... Solo huelo a pescado.

—¿Cómo? —preguntó la miko.

Ling Su no contestó y Aoki la miró. El viejo estaba muy transparente. Su cara estaba tan apagada con la cera de una vela. Aoki apretó el paso para llegar al cementerio. Lideró la marcha entre las tumbas a grandes zancadas hasta que se detuvo frente a la lápida de Ebisu.

—Acabemos con esto.

Aoki encendió una pastilla de incienso que había traído consigo desde la casa de Kato. El humo del incienso ascendió sobre sus cabezas hasta las ramas más cercanas. Allí desapareció de su vista y deseó que fuera así por mucho tiempo. No quería volver a oír a hablar de fragancias, ni de incienso durante una larga temporada.

Aoki rezó un Sutra por el alma de Ebisu. Finalmente, añadió:

—Que tu alma vuelva con los budas.

Ebisu sonrió y en el tiempo de un parpadeo, el espectro se desdobló en dos: a un lado estaba el viejo desdentado y junto a él, su amiga.

Esta le sonrió y Aoki sintió un calor súbito en el pecho. Ling Su dio un paso hasta él, pero de repente, cambió de opinión, se giró y con una gran bocanada absorbió el espíritu de Ebisu antes de que este pudiera desaparecer. Después se volvió hacia Aoki.

—Tenía hambre —dijo encogiéndose de hombros.

Inmediatamente después, se oyó un golpe sordo en el suelo.

Aoki y Ling Su miraron a la miko que se había dejado caer al suelo y se apartaba de ellos, reptando, con los ojos como platos.

—¿De verdad que no? —le preguntó Ume mientras subían la cuesta hacia Omi-Jingu.

—De verdad que no —le contestó Ling Su—. No soy un gaki. Soy una chiang-shish.

Habían llegado a la última curva y habían sobrepasado la terraza donde habían estado comiendo el día anterior. Nunca había oído nada semejante. Pero es verdad que sabía muy poco de las tradiciones espectrales chinas.

—¿Y qué diferencia hay entre los dos? —le preguntó Ume.

—Pues yo no tengo ni una sed, ni un hambre eternas por algo en concreto. Pero necesito alimentarme.

Ume tenía miedo de hacer la siguiente pregunta.

—¿Alimentarte de qué?

—De chi. Del alma de la gente.

Ume se detuvo en el camino del arco de la entrada y dio un paso hacia atrás.

—¡Solo de muertos! —le dijo Ling Su levantando una mano hacia ella.

Ume se obligó a sonreír y a continuar andando. Atravesaron el arco y se detuvieron frente al pabellón de abluciones. Miró de reojo a Ling Su. Parecía increíble que estuviera muerta. Parecía tan real como ella o como el yamabushi. Si no hubiera sido por lo que había sucedido en el cementerio, no hubiera creído nada de aquello.

Ume se limpió las manos y la boca con uno de los cazos. Iba a necesitar un baño completo de agua purificada para lavar de su cuerpo lo que había pasado. Los miró.

—Gracias por acomp... —Ume calló a media frase.

Había algo extraño allí. Algo no estaba bien.

Vio al yamabushi fruncir el ceño y después mirar a Ling Su.

De pronto, Ume cayó.

—¿Cómo puede ser que hayas podido entrar? —dijo mientras se giraba hacia el pabellón principal.

No había una sola cosa mal allí. Había dos.

Ling Su era un espíritu y había podido penetrar en el Santuario y el honden, el pabellón del Objeto Sagrado tenían las puertas abiertas de par en par.

Además, no había nadie allí más que ellos.

Ume corrió hasta el edificio sagrado. Se descalzó tirando sus sandalias a un lado y entró dentro.

La habitación estaba vacía excepto por un pedestal dorado que no sostenía nada.

Ume se acercó con el corazón en un puño. Se equivocaba. Sí había algo. Una carta a su nombre.

»Estimada sobrina,

Cuando vuelvas de esa misión estúpida en la que te has involucrado, será tarde para muchas cosas. El vínculo que me une a ti, me obliga a darte más explicaciones de las que te mereces por tu falta de respeto hacia mí, y hacia este templo, por lo que has hecho.

La caja de Incienso era el Objeto Sagrado. Contenía el kami que velaba por este santuario y por la región. Y asumo que tú y ese yamabushi, lo habréis malgastado y el kami se habrá volatilizado con las últimas volutas de humo de la última pastilla.

Por si te queda alguna duda, yo solo utilicé esas pastillas para atraer a la gente del pueblo hasta este noble santuario. Para que se sintieran en casa.

Ese incienso tenía ese poder. Nadie podrá nunca recriminarme haber encendido incienso aquí, por hacer un bien a esta región.

Como intentaba decirte antes de que me confesaras tus intenciones; me marchó. He conseguido algo sumamente valioso que me permitirá aspirar a algo mejor que un pobre santuario en una región que nadie pisa.

He enviado al resto de las miko a sus hogares. Como bien sabes, sin kami entre nuestras paredes, no queda nada que hacer aquí.

Espero que tú también encuentres tu camino a una nueva casa.

Tu tía,

Sadako Inoue.«

Ume Inoue se giró con la carta entre las manos hacia el yamabushi y la shiang-shish que habían estado leyendo por encima de su espalda.

Ling Su remitió su mano entre la manga de su kimono blanco y acercó una punta de la ropa contra su mejilla.

Le secó una lágrima.

El yamabushi chasqueó la lengua y echó a andar hacia la salida. Ling Su tomó del brazo a la miko y tiró de ella con suavidad. Caminaron detrás de él en silencio. En esos momentos, la miko era la que parecía un espectro abandonado.

Pasaron bajo el gran arco y dejaron atrás Omi-Jingu.

—No te preocupes Inoue-chan —le dijo la shiang-shish—. Uno acaba acostumbrándose a tener la hierba como almohada.

Ume se dejó llevar por aquellos dos nuevos extraños. No tenía kami al que adorar ni ningún lugar a dónde ir.

----continuará...